

Sentido y función de la sociología *

José Medina Echavarría

LA PALABRA SOCIOLOGÍA no nos ofrece por sí misma idea alguna precisa respecto al contenido de esa ciencia. Mas tal vaguedad, producto de la gran abstracción que encierra, ha favorecido y estimulado tanto su rápida aceptación como su empleo más diverso. Como ocurre siempre con toda expresión simbólica cuyo contenido concreto no es de aprehensión inmediata, ha quedado flotante en el lenguaje popular y semicientífico dispuesta a cubrir los más arbitrarios contenidos y a proteger las más varias intenciones. En esto reside la raíz de su descrédito y explica, en parte, las resistencias que su estricto desarrollo científico ha encontrado en algunos medios. De tal modo que el status de disciplina académica está hoy día por otorgársele en un buen número de países. Claro que no es ésta la sola razón, pues hay que contar con factores de tradición académica, representada en algunos países por el cultivo preponderante de determinadas ciencias sociales (tal Inglaterra), y en otros países por la actitud enraizada del formalismo jurídico positivo (España, por ejemplo); inercias con que han tropezado siempre los que han creído con Barnes¹ que “la inclusión de la sociología entre las materias de enseñanza académica es un síntoma de contemporaneidad así en ‘curriculum’ como en ideales pedagógicos”. Pero, la posición de recelo y la actitud de disfavor, las más de las veces no explíci-

* Lección inaugural en la Universidad Nacional Autónoma de México, 3 de julio de 1939.

¹ Barnes-Becker, *Social Thought from Lore to Science*, p. 794.

tas, no proceden sino de esa vulgarización, en estricto sentido, de la palabra sociología y de la desenvoltura con que ha sido y es empleada para las más sospechosas actividades prácticas e ideológicas.

Sin embargo, este mismo desordenado empleo no es sino la manifestación de un fenómeno profundo que interesa ahora sacar a superficie. Pues la repetida aparición en artículos, libros y piezas oratorias de alusiones a la sociología y de los adjetivos sociológico y social, ha creado y mantiene una peculiar atmósfera en la que todos respiramos y que es lo nuevo y significativo. Nuestro tiempo es social por excelencia. Y sin reflejo es la actitud individual a emplear a cada paso las fórmulas de nuevo cuño. Que ese uso sea las más de las veces inconsistente y sin traducir una verdadera intención científica es en este momento cosa secundaria.

Lo que importa es subrayar esa afanosa preocupación del hombre moderno por encontrar en "lo social" la clave de su vida y sus aventuras. En su proyección vulgar es lo social algo oscuro, misterioso y potente, a quien atribuir en algún momento nuestra actual desgracia y de quien esperar en otro nuestra definitiva felicidad. Situación bien parecida, por cierto, a la del hombre primitivo ante las fuerzas naturales. Pero ambas cosas son explicables. Pues, por una parte, no deja de ser acertada la intuición del impersonal poderío de las fuerzas sociales y, por otra, la reacción natural ante lo que aparece como incomprensible es la mayoría de las veces marcadamente emocional, de temor, de admiración y de esperanza en confuso complejo. Y así a medida que por circunstancias temporales crece nuestra inseguridad y la angustia que de ella deriva, aumentan al par las manifestaciones de las actitudes mágica y reflexiva ante lo social. Pues de igual manera que el hombre medio pretende sostenerse con fórmulas de carácter casi mágico en su situación oscura, la conciencia reflexiva, racional, de propensión científica, busca apoyo y salvación posibles en la escrutación lúcida de lo que le rodea. Y sólo ahí se abre una luz. Ya que, de igual modo que ese tipo mental y el hombre que lo encarna supieron crear en su tiempo los instrumentos —ciencia y técnica— con qué dominar las no menos oscuras y compulsivas fuerzas naturales, es posible que en su tarea y afán contemporáneo pueda encontrar los instrumentos con qué empezar, a su vez, a vencer la aparente ceguera de su destino social. Es cierto que la fe que le mantiene en su

obra no le garantiza un éxito inmediato, dada la peculiar rebeldía de la materia que estudia. Pero en todo caso, en la prosecución tenaz está la única esperanza, pues no puede llegar la cura sino por la razón, incluso para el adecuado tratamiento, es decir, utilización y dirección, de los irreductibles elementos irracionales de la vida.

Puede observarse, por eso, que de hecho, con la acentuación de la conciencia social del mundo presente, aumenta en igual ritmo el volumen de la literatura sociológica de intención científica. De suerte que con la gran guerra y su casi ininterrumpida crisis subsiguiente, la producción de aquélla se ha precipitado de un modo extraordinario. La correlación no puede tomarse como absoluta, pues, en realidad, no ha sido un fenómeno producido por la guerra y sus consecuencias, ya que venía preparado lentamente por los mismos factores que en aquélla desembocaron. Pero esa floración coincidente ha servido para llamar la atención sobre fenómenos conexos. Y lo que esta atención descubre es, por lo pronto, una situación general de desorganización y crisis. Ahora bien, no hay nada que con más derecho pueda pedir la exigencia de una explicación, de una interpretación al menos, y si es posible de un remedio, que el espectáculo del mundo contemporáneo. La descripción de sus aspectos críticos ha sido hecha repetidas veces y se resume siempre en la obsesionante paradoja de que la máxima inseguridad física y la más profunda desintegración moral coinciden para el hombre con un momento en que tiene acrecentadas extraordinariamente sus posibilidades de bienestar, con el instante cabalmente en que la ciencia y la técnica le abren caminos antes insospechados y le ofrecen la posibilidad de evitar fatigas seculares. Los detalles de esa situación, por conocidos, ahorran mayor insistencia. Por lo demás, la literatura de "la crisis" es extensa y variada y de carácter religioso, filosófico, psicológico, social y económico, pero lo interesante es observar que cualquiera que sea su aspecto o punto de partida, abunda en reflexiones de inequívoca sustancia sociológica. Ejemplo típico es el de la filosofía más pura que, condicionada por esta situación y al meditar una vez más sobre sus viejos temas, ha puesto de relieve, precisamente, y con los instrumentos del llamado análisis ontológico, la irreductible sociabilidad del hombre y las consecuencias que de la misma derivan. Claro que en la mencionada literatura, obsesa, en parte, por el afán de remedio, no dejan de ofrecerse algunos que otros preceptos curativos tan

simplistas como inocentes; mas es, por otra parte, su fracción más sólida la que há contribuido a informar a las mentes serenas sobre la complejidad de la vida social insumisa a remedios unilaterales y con ello, si aniquila esperanzas de convalecencia instantánea, abre, al contrario, perspectivas para un tratamiento racional. En este sentido es evidente que quizá lo mejor de la sociología más última viene estimulado por la crisis que atravesamos. No es de extrañar, por tanto, que por un deslumbramiento ante lo contemporáneo se haya sostenido, especialmente en Alemania y por Freyer² en forma aguda, que el sentido de la sociología reside en ser ésta auténticamente la reflexión de una época crítica sobre sí misma, o, dicho en otra forma, la autoconciencia de una época crítica. La fórmula es brillante y “tiefe”, como de donde procede. Pero ¿es completamente exacta? En apariencia viene corroborada por todo lo anteriormente escrito, ya que no se ha hecho otra cosa que justificar la existencia y abundancia de la sociología actual por la situación crítica de nuestros días. Pero una justificación que insiste sobre determinadas condiciones no determina un último sentido. Pues, ciertamente, la crisis no hace sino presentar en forma tensa y patológica los datos que integran una realidad constante y que determinan una problemática peculiar. Y si es cierto que el hombre contemporáneo ha sido despertado con dramática urgencia por la tormenta de sus problemas sociales que arremolinan un suelo, por lo demás, permanente, y se pregunta angustiado por la razón de ser de su sobresalto y peligro, es también no menos cierto que si alguna lección deduce, ésta no puede ser otra que la necesidad de reafirmar la vieja idea siempre latente de que para dominar, en parte al menos, la situación social, colectiva, tiene que emplear los mismos medios que utilizó con éxito para imponerse en alguna medida a su circunstancia natural, física: el estudio paciente, la entrega previa a la realidad, tal y como ésta es. En una palabra, el despliegue ante la realidad social de la actitud científica, bien probada ya ante otros problemas. Y, sin embargo, no parece todavía algo general. “Es cosa de observación cotidiana —anota Mannheim—³ que el más completo racionalista en materias de economía o de técnica se conduce de un modo com-

² H. Freyer, *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft*.

³ K. Mannheim, “Present Trends in the building of Society”, en *Human Affairs*, edlt. por Cattell, p. 281.

pletamente irracional cuando considera a la sociedad en su conjunto. Y que cae en ello con excesiva facilidad, en parte por tedio natural y en parte por obra de determinados complejos sociales que todavía actúan sobre su inconsciente. Y la falta no es de la inteligencia, sino de la voluntad de quien duda en aplicar a la organización de la sociedad las leyes que regulan en otros dominios la relación de causa y efecto.” Eludiendo la tentación de considerar el tema contenido en el párrafo anterior, basta con consignar ahora que lo que implica la actitud aludida no es otra cosa que lo que la sociología encierra como ciencia. Y, en consecuencia, que el sentido primero y fundamental de la misma no difiere en nada del de cualquiera otra disciplina científica: el de ser un instrumento para el acomodo y adaptación racional del hombre a uno de los elementos de su situación. Carácter éste, instrumental y funcional, reconocido a la sociología en alguna dificultad a causa del aspecto más confuso y elástico de la resistencia del medio social y por la imposibilidad de captar ésa su especial materia por medio de los sentidos. El hombre ha ido ocupándose, en primer lugar, de aquello que le entraba por los ojos y ofrecía más tangibles resistencias materiales a sus impulsos. En cambio, la presión social y la trama de las relaciones humanas, no menores resistencias a su acción, escapan al hombre ingenuo por su invisibilidad, con naturalidad e imposibilidad de escapar totalmente de ellas para contemplarlas desde fuera, cual un objeto físico. Pero, a su vez, esta peculiaridad de la realidad social en la que, por no ser ni más ni menos que la vida humana misma, el hombre es partícipe siempre, quiéralo o no, y activo en menor o mayor grado, es lo que da un matiz singular a la sociología como ciencia, prolongándola en otra dimensión del pensamiento. Pues, si se mantiene como constitutivo el carácter funcional, instrumental, de la sociología en cuanto ciencia, que persigue como tal ayudar al hombre en la adaptación a su medio y en la dirección y previsión de sus relaciones sociales, por otra parte, al no ser la materia de su objeto otra cosa que la misma vida humana, se convierte, en definitiva, en un saber del hombre en una de sus mayores dimensiones. Con ella logramos la proyección y comprensión de nuestro destino, inmersos como estamos en una determinada situación histórica. En este sentido, cabe trasladar la fórmula que muestra a la sociología como la reflexión sobre sí misma de una época crítica, a un plano más profundo y menos accidental. Como un saber de la vida humana

en una de sus mayores dimensiones, se manifestaría la sociología como una auténtica reflexión del hombre sobre la "crisis" permanente que es su vida en la serie ininterrumpida de sus decisiones sociales. De esta forma alcanza la sociología, confundida ya con la meditación filosófica, su último y más distante sentido. Y sólo al hilo de esto es como se comprenden los dos aspectos instrumental e interpretativo, siempre presentes en la intención sociológica y predominantes uno u otro, según momentos, escuelas y países. Saber como previsión, caro al positivismo francés, y saber como conciencia de una situación a que se inclinan el idealismo y el historicismo alemanes; en realidad, fundados y fundidos ambos en la estructura misma de la vida.

La afirmación de que un estado crítico determina la existencia y sentido de la sociología ha servido también para intentar explicar el momento histórico de su nacimiento. Conviene examinar esta nueva faceta, no tanto para resolver un problema genético cuanto por considerar desde otro aspecto la cuestión teórica de que se ha venido tratando. Los años que anteceden la fecha característica del 48 europeo presiden el nacimiento, tanto en Francia como en Alemania, de las primeras formulaciones claras de la actitud sociológica. Lorenzo von Stein y Augusto Comte constituyen la prueba, con su obra, de que la sociología representa la "autoconciencia de una época crítica".

Stein, escrutador del nacimiento y desarrollo de las oposiciones de clase, volvía la mirada al viejo Estado dinástico y burocrático, señalándole la tarea, por su supuesta neutralidad e independencia frente a los antagonismos sociales, de impedir los efectos disolventes de la "sociedad" abandonada a sí misma. La conciencia del carácter desorganizador de los movimientos internos de la "sociedad" determinaba la apelación al "Estado" como único capaz de restablecer el viejo orden necesario. Ahora bien, a esa conciencia y a su formulación explícita conducía, precisamente, la llamada ciencia de la sociedad (*Gesellschaftswissenschaft*).

De igual modo, Comte consideraba a su época como negativa, como ejemplo de una sociedad dislocada en sus cuadros y sin autoridad, donde el hombre se perdía en sí mismo al no encontrar su puesto, demarcado y constante en la estructura social. Ante ese Estado, producto de la Revolución, había que reaccionar instaurando por medio de la razón el orden de una nueva época positiva. Positiva, en este sentido, es una sociedad en la

que, como en el viejo régimen, el hombre puede descansar confiadamente, por tener señalados en ella todos sus miembros, en disposición jerárquica, una tarea, un ámbito y un destino. Ese destino transparece así tan claramente que la vida logra seguridad y sentido. La sociología se mostraba, pues, como la conciencia de una época negativa, al par que como el instrumento para la reconstrucción de la nueva, deseada, época positiva.

La prueba histórica aparece así bien desarrollada y justifica el sentido que la sociología ha de encarnar en cada una de las sucesivas épocas críticas. Pero observados de cerca, razonamiento y prueba son incompletos. Bastaba el hecho de que la fórmula dejara al margen el nacimiento de la dirección anglosajona para que naciera la sospecha de su carácter parcial. Dejemos de lado, por el momento, todo lo que hay en esta tesis de motivos políticos subyacentes y de indebida idealización romántica de un lejano pasado, pues sólo interesa lo que en ella hay de contribución positiva. Pues, en efecto, el elemento que señala es cierto, pero hay que añadirle la salvedad de que es meramente uno de los factores de una constelación determinada. La parcial insistencia en uno de los aspectos de la actitud comtiana deja en la sombra, y aun anula, otro no menos decisivo y, sin duda alguna, no menos claro, puesto que está perfectamente formulado desde los ensayos juveniles. Y el secreto se encierra en la ambivalencia y equivocidad de lo positivo. Pues, si por una parte es proyección moral de una conciencia de crisis, es por otra expresión acuñada de una fría y permanente actitud racional.

La sociología nace, pues, en un mundo crítico, pero éste es a la vez mundo concluso y mundo histórico. Sólo la constelación de esos tres caracteres explica con plenitud tanto el instante como las formas de su alumbramiento. Y la tarea que ha de realizar, cabalmente, una sociología lograda, ha de ser la de integrar en su construcción los distintos motivos que la originaron.

Mundo crítico era, en verdad, aquel en que despierta la reflexión de Comte. Los primeros efectos de la Revolución Industrial habían sido perturbadores en general y crueles para con una gran masa humana, triturada en el proceso de transición hacia un régimen que había de estabilizarse algunos años más tarde, y sólo por algún tiempo, con la expansión extraordinaria de la época librecambista. La nueva clase ascendente todavía no había afianzado su participación en el poder y apenas si venía de cristalizarse con la ideología correspondiente la actitud ante la vida

de la democracia burguesa. La reacción romántica reñía ya sus últimas batallas. Y en una atmósfera confusa y apasionada, juveniles nacionalidades comenzaban su pugna por encarnar en un estado voluntad de poderío y de destino. Cuando coinciden esas dos dimensiones del proceso histórico, la crisis alcanza su carácter más agudo. Tal carácter decisivo tuvieron los años preparatorios del 48 revolucionario. En ellos, la reflexión comtiana es la del hombre lúcido que se encuentra perdido y zarandeado, impotente por las fuerzas desencadenadas. Y lo singular del caso es que, cuando tales circunstancias se repiten, no sólo se renuevan semejantes actitudes, sino que aun soluciones concretas vuelven a cobrar vigencia. La construcción teórica de Lorenzo von Stein se repite en nuestros días en condiciones muy parecidas a las de su tiempo.

Mas ese mundo tenía otra característica, y es la de que se presentaba, quizá por vez primera, a la conciencia del hombre como concluso y cerrado. Los grandes descubrimientos hacía ya tiempo que habían terminado para siempre y sólo quedaban las exploraciones dirigidas, preparatorias de los repartos. Potencialmente existía ya el mundo uniforme e interdependiente que hoy día conocemos y que fue logrado a marcha rápida por la energía, la técnica y la ambición ilimitada del hombre occidental. La historia comenzaba a ser, en estricto sentido, historia mundial, y la gran política, "Weltpolitik". Esa, por decirlo así, contracción de las dimensiones geográficas, produjo también resultados secundarios y que interesa recordar porque fueron poderoso estímulo en el desarrollo de la sociología: la variada acumulación de material etnográfico recogido en diversidad de pueblos y latitudes.

Sin embargo, si importante es la descrita, lo era mucho más la conclusión del mundo que operaba al avance del pensamiento científico. Poco a poco redondeaba el hombre la construcción teórica de su "mundo". Cuando los nuevos descubrimientos de la química y la biología se añadieron a la imagen física del mundo que había elaborado el siglo XVIII, se presentaba ya casi completo el panorama del Universo, cualesquiera que hubieran de ser los avances posteriores en detalles o en interpretación. Apenas si comenzaba la biología en los días de Comte y se creía ya como concluso el ciclo del conocimiento de la materia y la vida. ¿Qué cosa más lógica que la jerarquía de las ciencias y en ella la nueva, la sociología, tratando de aplicar por vez primera a la so-

ciudad humana los principios y los métodos probados ya fecundos en los peldaños inferiores? El sistema de las ciencias traducía, en efecto, la marcha del espíritu humano en la progresiva resolución de los problemas de su mundo por el orden doble de su urgencia y complejidad. En este punto la significación de la obra de Comte, en su intención al menos, es infinitamente superior al valor característico y ejemplar que pueda tener su meditación de filósofo y político. Pues representa la primera transparente formulación del propósito de someter los fenómenos sociales a los mismos principios de razón a que lo fueron los demás, de descomponerlos en sus internas relaciones de homogeneidad y causalidad, de las que conceptos y leyes no han de ser sino fiel traducción. De verlos tal como son, para, conociéndolos en su naturaleza, atenerse a lo que estrictamente puedan dar y producir. *Voir pour savoir. Savoir pour prévoir*. Fórmula muy a tono, se ha dicho, con la expansión imperial de la época, pero que en fin de cuentas y más allá de toda sociología del saber, manifiesta explícitamente la razón de ser de toda ciencia, y más aún de toda acción racional del hombre. En este sentido, cualesquiera que puedan ser las variaciones de la moda o de la sucesión y antagonismo de las escuelas, no ha habido ni puede haber sociología auténtica que no conserve como una de sus intenciones, expresa o tácitamente, la pretensión concisamente formulada por el fundador del positivismo.

Mundo, pues, concluso y cerrado por la Ciencia, que sólo esperaba de la sociología la última vuelta de la llave. No muchos años más tarde, y ya mayores los triunfos de las ciencias naturales, construyan primero Spencer, Ward luego, sus grandes sociologías cosmogónicas. Mas, precisamente, nacían éstas en uno de los momentos excepcionalmente menos críticos y más optimistas de la historia humana. No era, pues, posible atenerse tan sólo al mundo "crítico" para explicar el origen y el sentido de la sociología. Sin el mundo "concluso", obra lenta de la ciencia, se interpretaría incompletamente a Comte, se haría injusticia a la gran corriente del pensamiento anglosajón y se privaría a la sociología de su sentido funcional y de su aspiración científica.

Mundo crítico y concluso, pero, además, histórico. Y con ello se completa la figura de la constelación originaria. Había llegado el momento en que el hombre, por la acumulación de recuerdos, tenía que descubrir, primero su vejez, la relativa vejez de su mundo, y luego, al hilo de la misma, su radical histórici-

dad. Y así brotó, con el romanticismo germánico y a la sombra de la gran aventura hegeliana, la corriente de las Ciencias del espíritu, saturada de historia, que penetra y vitaliza hasta nuestros días lo más característico de la cultura alemana. Historiadores y filólogos se pusieron a estudiar con entusiasmo sociedades, artes, lenguas y literaturas del pasado, próximo unas veces, como la edad media, y más remoto otras, como la época clásica; y todo fue tenido de alguna manera con esa propensión a lo histórico: la economía, el derecho, la filosofía misma. Particularmente la hermandad de la actitud filosófica con el saber histórico había de conducir a despertar la conciencia de la esencial naturaleza histórica de todo lo humano, que en el desbordamiento del historicismo lindaba ya con el peligro de disolver la vida misma en la relatividad ilimitada de un puro acaecer. Pero es otro tipo de confluencia el que más interesa en este punto y es el de la economía con la historia. Pues de esa unión y penetración recíproca nace, cabalmente, la más auténtica sociología alemana, y, en consecuencia, tiene esta forma de sociología como problema central el de la comprensión. No pudiendo considerar ahora esos dos puntos, importa dar cuenta, al menos, de los efectos de la penetración de la conciencia histórica en las ciencias sociales. El más notorio es el de la acentuación del aspecto dinámico en el modo de enfrentarse con las instituciones sociales. Se adquiere una capacidad especial para captar el proceso, el cambio. Las organizaciones y las formas más aparentemente constantes y fijas muestran al atento la variación casi insensible de su tejido, y gracias a lo cual, precisamente, viven y se mantienen. Interesan ahora las fases, los ritmos, los aspectos sucesivos de un mismo fenómeno. Sin embargo, más importantes que estos efectos de carácter externo, son los que sufre el hombre mismo cuya conciencia se historicifica. La conciencia en ese instante, sabiendo penetrada la vida por una triple dimensión temporal, permanente al par que cambiante sin cesar en su juego concreto, se afana por el pasado desde la perspectiva de su presente y para la comprensión de él. ¿Qué significa este momento de mi vida? ¿Qué lo explica y de qué deriva? ¿En qué forma gravita sobre la decisión que voy a tomar ahora? El hombre, arrojado en la situación social y partícipe en ella desde su acción más mínima, se da cuenta de que la estructura social en la que se encuentra inmerso no es obra suya en la mayor dimensión, ni tan siquiera de su época, puesto que deriva de la actividad de generaciones anteriores en proporción más o

menos determinable. Y aprende así la seria lección de que su destino individual, su biografía, es en su mayor parte un fragmento intercambiable de un destino colectivo. Pero la a veces trágica imposibilidad de remontar su situación fuerza, al menos, al hombre, al intento de comprenderla. ¿Cuáles son, dónde residen y de dónde provienen estas fuerzas que pasan tan decididamente sobre mi vida? Cuando esta interrogación se eleva a conciencia teórica nace la actitud “comprensiva” de la sociología. Lo cual no significa otra cosa que el intento de darse cuenta en un momento determinado de una configuración de factores y de un proceso. Penetrando y abarcando la trama de las relaciones sociales hay en cada situación histórica un juego de procesos de mayor envergadura, cuyo conjunto contornea y particulariza la circunstancia social y de cuyos movimientos y fuerzas respectivas depende el mayor o menor dinamismo total del momento.

La “comprensión” sociológica intenta la penetración inteligente de ese momento dinámico. Y es una visión totalitaria y analítica al mismo tiempo. Totalitaria porque lo que tiene delante es una figura, una estructura; y analítica porque trata de descomponerla en los factores y elementos que la integran y determinan. Pero al mismo tiempo es histórica porque se proyecta en el pasado, remontando hacia los orígenes de esos elementos y factores, buscando fijar el instante preciso en que quedó formada su peculiar constelación, y porque, por último, escruta en el futuro al intentar pronosticar su posible desarrollo. En una palabra, la comprensión de una situación concreta implica la respuesta a esta pregunta, u otra semejante: ¿A dónde nos lleva el juego de los elementos presentes, ahora y aquí, en nuestra situación social? La actitud teórica se recorta con especial claridad en aquellos momentos, vitalmente dramáticos, en que el sociólogo, al reconocer su impotencia, se abstiene de toda acción. Y no porque en esos momentos, relativamente excepcionales por otra parte, coincida con el hombre ingenuo en representarse a los factores de una situación como fuerzas impersonales y deshumanizadas, sino por reconocerlas, precisamente, como obra del hombre, que es lo más rebelde, muchas veces, a una verdadera dirección racional.

De esta lección, pues, aprendida en un mundo ya viejo para el hombre, y en la que colaboró tan asiduamente la tradición alemana, deriva la sociología el reconocimiento de su carácter concreto.

Ahora bien, aquella constelación de aspectos del mundo, que nos explican el nacimiento de la sociología y las distintas formas en que encarnó, tiene una posterior y permanente función metodológica al indicarnos cuáles son los matices y elementos de que ninguna sociología futura puede prescindir en su construcción como ciencia.

Bibliografía de José Medina Echavarría*

1. Libros, folletos y artículos

- La representación profesional en las asambleas legislativas* (1930). Valencia, *Anales de la Universidad de Valencia*, 1930, año VII, 1926-1927, cuadernos 52 a 54, pp. 201-291.
- La situación presente de la filosofía jurídica* (1934). Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1935.
- Introducción a la sociología contemporánea* (1934-1935). Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado. . . ya escrita al estallar "los sucesos de julio del 36", de la cual salvó una parte que publicó en México como *Panorama*. . . , 1940.
- Cátedra de sociología encargada a don José Medina Echavarría*. México, La Casa de España en México, 1939, 29 p.
- Panorama de la sociología contemporánea* (1934-1935). México, La Casa de España en México, 1940.
- Sociología: teoría y técnica* (1940). 1a. ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1941; 2a. ed. FCE, 1946; reimpresión de la 2a. ed.: El Colegio de México-FCE, 1982.
- Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*. México, FCE, 1943. Incluye los siguientes ensayos: "Responsabilidad de la inteligencia" (1941). "En busca de la ciencia del hombre" (1942). "Reconstrucción de las ciencias sociales" (1941). "Sentido y función de la sociología" (1939). "Economía y sociología" (1941). "Arte y Sociedad" (1942). "Las ciencias sociales en la educación" (1941). "Configuración de la crisis" (1939). "De tipología bélica" (1941). "Soberanía y neutralidad" (1942). "Cuerpo de destino" (1942). "John Dewey y la libertad" (1939).
- Prólogo al estudio de la guerra*. México, El Colegio de México, 1943 (*Jornadas del Centro de Estudios Sociales*, 1).
- Comentario en la "mesa rodante" sobre "Lealtad del intelectual", en la que participaron Jesús Silva Herzog, Mariano Picón Salas, José Gaos, José Medina Echavarría y Juan Larrea, México. *Cuadernos Americanos*, mayo-junio, 1944, pp. 32-41, pp. 40-43.
- "La panacea del federalismo", México. *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, 1945, pp. 28-48.

* Parte de la bibliografía que Adolfo Gurrieri incluyó en su trabajo: "José Medina Echavarría: un perfil intelectual", agregando algunos títulos y fechas, y siguiendo los criterios por él indicados. Las fechas entre paréntesis corresponden al año en que la obra fue terminada, que no coincide, necesariamente, con la de edición. De los artículos, sólo se mencionan los que no se recogen en los libros aquí listados, ya que en esos libros se apunta la procedencia de los trabajos. De sobra está decir que ésta no es una bibliografía exhaustiva. Andres Lira.